

ASIA Y ÁFRICA ACTUALES

OTRO GOLPE DE ESTADO EN NIGERIA*

ZOCTIZOUM YARISSE

El Colegio de México

EN ÁFRICA, LOS GOLPES DE estado se han convertido en un hecho común: el último se produjo en Nigeria el 27 de agosto de 1985. Nigeria es el Estado más grande de la porción de África que se encuentra al sur del Sahara y cuenta con una población que actualmente supera los cien millones de habitantes. Es el mayor en lo que se refiere a la economía y suma alrededor del 40% de la producción total de los estados sudsaharianos (sin incluir al África meridional).

Es el “gigante” al que algunos periodistas han adjudicado siempre el papel de líder y de polo de atracción económica en África. No obstante, dicho gigante ha sufrido muchos golpes de estado a partir de la independencia, golpes que, en ciertos casos, han eliminado política y físicamente a los hombres y mujeres que forjaron su orgullo, si no es que el de toda el África negra. Ejemplo de ello es Tafewa-Balewa. Los numerosos golpes de estado demuestran que existe una búsqueda de su propio camino, pero también demuestran las maniobras de ciertas grandes potencias extranjeras y son, asimismo, testimonio de su debilidad.

Felizmente, en África en general, los frecuentes golpes de estado no producen tantas víctimas durante su realización como

* Antes de que apareciera este artículo, Nigeria acababa de sufrir un golpe de estado que abortó. Muchas personalidades, tanto militares como civiles, fueron arrestadas y ahora están sujetas a proceso. Mientras tanto, el general Babangida mantiene su proyecto de abrir un debate público sobre la crisis y el porvenir político del país. Esta nueva tentativa de golpe de estado viene a confirmar las aseveraciones hechas en este artículo.

las que ocurren en situaciones semejantes en otros continentes. Al respecto se puede mencionar el golpe de estado militar de 1965 en Indonesia, que tuvo como costo un millón de víctimas entre los comunistas y los demócratas de ese país, así como los miles de personas asesinadas en 1973 durante el golpe de estado contra el presidente Allende de Chile.

En África, el número de víctimas aumenta cuando ya se ha instaurado una dictadura a raíz del golpe de estado; así ocurrió en el régimen sanguinario de Bokassa en África Central y en los de Idi Amin en Uganda, de NGuema en Guinea Ecuatorial, etc., donde se victimó a miles de personas.

Mi propósito, en los párrafos que siguen, será presentar la conformación del último golpe de estado en Nigeria y, sobre todo, poner en evidencia —más allá de las causas inmediatas— las diferentes contradicciones que han sacudido de manera sangrienta y en repetidas ocasiones a este país. Me parece que lo que hace falta para comprender lo que sucede es distinguir y analizar las cuestiones y las contradicciones siguientes, que, en último término, originan los golpes de estado y, en particular, este último del 27 de agosto de 1985.

Los efectos que tienen las contradicciones dentro de las comunidades históricas sobre la situación actual en Nigeria

Más que en ningún otro continente, los acontecimientos políticos en África siempre están nutridos por factores inextricables de orden

— histórico: las diferentes etnias se oponen entre sí, puesto que fueron forzadas a vivir juntas en situaciones contrarias a sus tradiciones particulares;

— moderno: las luchas de clases y de las nuevas capas sociales ligadas a la economía moderna;

— exterior: las maniobras de las grandes y medianas potencias extranjeras y las internas de África, etcétera.

Si bien no hay que exagerar la incidencia de factores históricos que están en vías de desaparecer, en el caso de Nigeria

se les debe tener muy en cuenta, en la medida en que este gran país fue en el pasado el centro de muchas grandes culturas negras (que los colonos usaron enfrentándolas entre sí). En efecto, Nigeria nació en 1914 de la amalgama hecha por el colonizador británico de dos territorios que denominó: Protectorado de Nigeria del norte y Colonia y Protectorado de Nigeria del sur.

El primero, ubicado en la parte continental, cubría dos tercios del nuevo territorio. El segundo, a lo largo de la costa oceánica, estaba abierto al Occidente. En el momento en que los líderes meridionales reclamaron la independencia, el norte, conservador, con baja escolaridad y dominado por sus emires, hizo contrapeso al sur. Sobre estas bases, Gran Bretaña construyó un sistema constitucional federal progresivo, del que después se hicieron cargo las *élites* autóctonas. Pero la formación, la puesta en práctica y la evolución de esta construcción habrían de engendrar constantes crisis que amenazaban en muchos aspectos la cohesión del conjunto, obligando al colonizador, y a las nuevas *élites* del país, a modificarla. De ello son testimonio las dificultades experimentadas por un régimen federal creado a partir de colectividades y comunidades políticas que aún dan pruebas de verdadero “nacionalismo” en el momento en que su identidad se ve amenazada. Se trata de formaciones étnicas, de reinos, de imperios precoloniales, que anteriormente defendieron su supervivencia con las armas en la mano. Esas nacionalidades históricas se han conservado en el cuadro del *indirect rule* (gobierno indirecto), creado por los británicos, y que ha mantenido vivas las estructuras del poder de los jefes hasta la independencia. Esos poderes locales, sostenidos por sus poblaciones, resultan a menudo socios difíciles para aquellos que desean una unidad regional, étnica, religiosa, etcétera.

Su aspiración a la autonomía, que por otro lado alimenta directa o indirectamente los golpes de estado, encuentra un terreno privilegiado en las demandas de renovación de los estados federados y del sistema de gobiernos locales (*local governments*), así como en los conflictos fronterizos tradicionales, que suelen ser muy violentos. Así, por ejemplo, al antiguo reino *hausa* —en Kano, al norte— aunque integrado al “califato” de

Sokoto en el siglo XIX y sometido a una dinastía *peul*, siempre ha defendido su integridad ante la dinastía de Sokoto. El emirato de Kano, desde la época colonial, deseó siempre disociarse de las demás regiones.

Es por ello que después del surgimiento del régimen del coronel Gowon (1966), Kano se convirtió, conforme a sus deseos, en un Estado autónomo dentro del seno de la Federación.

En 1979, el estado de Kano votó masivamente por el *People's Redemption Party* (PRP, Partido de la Redención del Pueblo), dirigido por un antiguo líder local, Aminu Kano. Este autonomismo específico introdujo un factor constante de división en el seno de la entidad regional septentrional, el Islam, de la etnia *hausa* e incluso dentro del gobierno federal.

En el oeste, en el país *yoruba*, el antiguo imperio Oyo (que dominó toda una parte de esta región antes de la época colonial) siempre ha sido autonomista, y obtuvo su propio Estado en 1976. El antiguo pueblo de Bornu y el de Tiv obtuvieron igualmente sus respectivos estados. En cambio, otras comunidades y colectividades históricas, como las de la ciudad de la isla Ifé y otras, aún tratan de obtener su autogestión. De más está decir que cuando ocurren estas contradicciones dentro de las comunidades históricas sus efectos repercuten sobre la política y la organización de los estados federados. Debido a que pueden reforzar los conflictos étnicos en favor de los jefes históricos, son un factor que no hay que pasar por alto cuando se trata de determinar los factores que inciden en los golpes de estado.

Los efectos de las contradicciones religiosas, regionales y étnicas sobre la política federal

Como ya hemos señalado más arriba, la federación nigeriana se creó a partir de las diferentes comunidades tradicionales e históricas, así como de las diferentes regiones, etnias y religiones.

*El peso de las regiones en la estructura
y la política federal*

Se sabe que la Federación está fundada en la asociación de tres regiones: la región del norte, de carácter específico, asociada a las otras dos regiones que se dividen la zona meridional y la costera: el oeste, que se sitúa al occidente del delta del Níger, y el este, que se extiende hacia el oriente de dicho delta. Esta repartición no se basa únicamente en consideraciones geográficas: cada región fue organizada en torno a la producción y a la comercialización de un producto agrícola específico: el cacahuete en la primera, el cacao en la segunda y el aceite de palma en la tercera. Además, cada región era el feudo de una etnia importante: la *bausa* en el norte, la *yoruba* en el oeste y la *igbo* en el este. Esta estructura dio origen a un mito continuamente mencionado y explotado en la prensa local en beneficio de los jefes regionales y en la prensa extranjera en provecho de las grandes potencias interesadas por una u otra región; se trata del mito de una Nigeria constituida por tres grandes naciones. Hay que señalar que, de hecho, esta estructura fue el resultado de una estrategia deliberada creada por Gran Bretaña con el fin de aislar la región septentrional (*Northern region*) del sur, favoreciendo la división de la franja costera y dando lugar a la formación de burguesías regionales constituidas en torno a la comercialización del cacao o del aceite de palma. Dichas burguesías, como es natural, rivalizan entre ellas por el control de su región y el acceso a los recursos federales. Como consecuencia de lo anterior, se desestructuró el movimiento nacionalista que en su origen fue unitario. En cada región existía un partido cuyo primer objetivo era el de asegurarse el control de su feudo, alejar del poder a sus adversarios y tener acceso al centro, es decir, al poder federal para asentar su hegemonía. Así se comportaban: el *Northern People's Congress* (NPC, Congreso del Pueblo del Norte) en el norte, el *Action Group* (AG, Grupo de Acción) en el oeste y el *National Council of Nigeria and Cameroon* (NCNC, Consejo Nacional de Nigeria y Camerún) en el este. Este último partido, que se constituyó a nivel federal, fue sucesivamente expulsado de sus bastiones por los otros dos y constreñido a un ámbito regional

contrario a su posición inicial. La vida política del periodo de la independencia estuvo marcada por los conflictos entre estas tres formaciones dominantes hasta que se produjo el golpe de estado militar del 15 de enero de 1966.

Es necesario hacer notar que en cada región considerada como un bloque homogéneo, el grupo dominante se oponía a los grupos subregionales, los cuales comprendían las diferentes etnias que reclamaban la división de las entidades administrativas coloniales. En el momento en que irrumpieron los militares, una parte del norte y del oeste estaban en disidencia. En mayo de 1966, el general Ironsi, jefe del Estado, quiso cambiar la tendencia anterior mediante la desaparición de las regiones que consideraba demasiado coloniales; esta medida, creada para lograr una estructura unitaria, habría de desencadenar reacciones violentas en la parte septentrional del país. Dichas reacciones desembocaron en el contragolpe de estado del 28 de julio de 1966, en el cual surgió el coronel Gowon. Éste se vio obligado a abolir la decisión de su predecesor y se dedicó a reestructurar la federación, a la que dividió en doce estados federados. Sin embargo, esta medida habría de suscitar otra reacción, esta vez de carácter secesionista, de la antigua región oriental (*Eastern region*), que se vio envuelta en una larga guerra civil (alimentada por grandes potencias extranjeras) bajo el nombre de República de Biafra. Esta tentativa acabó por fracasar en enero de 1970, después de treinta y un meses de conflictos fratricidas. Los últimos golpes de estado no escapan a esa lógica, más ahora que las contradicciones étnicas se conservan vivas gracias a la crisis económica internacional.

El peso de las contradicciones étnicas en la política federal

A primera vista parece que en Nigeria reina la confusión entre las entidades político-administrativas regionales constituidas en la época de la independencia y las etnias dominantes en cada una de ellas (*bausa* en el norte, *yaruba* en el oeste e *igbo* en el este). No obstante, la realidad étnica nigeriana está lejos de reducirse a estos tres grupos. Nigeria cuenta con más de dos-

cientas etnias repartidas en todas sus regiones. Cada una intenta reclamar su antonomía no sólo ante el Estado Federal, sino también respecto de la hegemonía de la etnia dominante en su región. Este movimiento general de reivindicación de la autonomía engendra alianzas, a menudo cruzadas, que pueden desempeñar un papel importante en un golpe de estado. Los colonizadores colocaron en un solo lugar una amalgama étnica regional que por necesidad tenía que desembocar en conflictos étnicos.

Es por ello que los grupos *hausa* y *yoruba* tenían que reaccionar contra la hegemonía del grupo *igbo*, que se vio favorecido por la administración inglesa. Algunos yorubas creyeron conveniente crear una asociación étnica, la *Egbe Omo Oduduwa* (Asociación de los Hijos de Oduduwa), que más adelante se convirtió en el *Action Group*. La aristocracia *bausa* creó también el *Jamiyar mutanen arewa* (Asamblea de los septentrionales), foco de lo que habría de ser el NPC.

De la misma manera, un gran número de etnias minoritarias fundaron asociaciones tribales, algunas de las cuales se transformaron en partidos políticos que exigían la autonomía, combatían al partido local dominante y votaba con los partidos foráneos. Algunas protagonizaron violentas revueltas, como la de los *tivs* de Benue.

Sin embargo, fueron estas mismas etnias minoritarias las que contribuyeron a salvar la unidad de una Nigeria desgarrada por la guerra de Biafra entre 1966 y 1970. De hecho, Gowon, quien había dirigido el Estado Federal durante la guerra de Biafra, por haber surgido de una etnia minoritaria, contaba con la confianza de éstas para combatir a los secesionistas. La división del país en doce estados durante el gobierno de Gowon en 1967 produjo satisfacción en muchas etnias que hasta entonces fueron minoritarias.

Lo mismo ocurrió cuando se realizó la siguiente división en 19 estados federados. Después de esto las etnias minoritarias se interpusieron entre los tres grupos dominantes para hacer la situación más equilibrada. Parte del éxito —en 1979 y sobre todo en 1983— que obtuvo el partido NPN de Shebu Shagari se debió a la adhesión de numerosas minorías. Resulta obvio que las contradicciones étnicas pueden convertirse, en un

momento dado, en factor para un golpe de estado, al igual que las cuestiones religiosas, etcétera.

El peso de las religiones en la política federal

Las relaciones de competencia que se han establecido entre las comunidades religiosas tradicionales, la islámica y la cristiana, también son factores que intervienen en los golpes de estado. En Nigeria se produjo una confusión entre las identidades religiosas, regionales y étnicas. De ahí que a menudo se asimile el norte y la etnia *hausa* al Islam, en tanto que el sur y la etnia *igbo* se relacionan con el cristianismo. Pero más allá de esta confusión, la realidad es otra. De acuerdo con el censo de 1963, los musulmanes representan el 47% de la población del país, los cristianos el 35% y las religiones tradicionales el 17%. Sin embargo, se encontró un 28% de no musulmanes en el norte y un 43% de adeptos al Islam en la antigua región occidental (*Western region*). Hoy en día el Islam meridional está en pleno desarrollo; se nota una orientación más política del Islam en el norte, que contrasta con el apolitismo relativo del meridional.

Esta situación es resultado de la forma en que penetró la religión musulmana en esta región. Apareció primero en los estados del norte, principalmente en el imperio de Bornou, en el siglo xi, y en el de Gao, en el siglo xv, después en los reinos Hausa del sur de Air. Hay que señalar que se creó un movimiento de Guerra Santa (*jihād*) contra el poder musulmán septentrional y las sociedades llamadas paganas. Éste dio lugar al nacimiento del Califato de Sokoto, que se extendió a gran parte del norte de la Nigeria actual.

Los adversarios de la Guerra Santa del siglo xix, que se transformaron en una aristocracia islámica, siempre están temerosos de no poder controlar políticamente su región. La situación se complica con la implantación reciente de la religión cristiana en la región del norte controlada por dicha aristocracia. La fuerte tensión religiosa en esta región septentrional es resultado de esta situación. Durante el periodo colonial el colonizador se apoyó en la aristocracia surgida del *jihād*. Alejó a las misiones cristianas de sus feudos y favoreció la amalgama

entre identidad septentrional, el Islam y el poder de los sultanes y emires. Esta amalgama contribuyó a la creación de este crucero regional de la época de la independencia. La situación del sur es relativamente diferente, puesto que el Islam es de introducción reciente y se manifiesta poco en el plano político; coexiste en una forma relativamente pacífica con el cristianismo y las religiones tradicionales.

En el norte, por el contrario, los musulmanes y los adeptos a otras confesiones temen el resurgimiento del *ŷihādismo*; tema que vuelve constantemente a los argumentos políticos electorales, como a los de los antiguos feudos *antiŷihādistas* del norte. Es por ello que, en el transcurso de la elaboración de la Constitución de 1978, la asamblea constituyente tenía opiniones divididas en cuanto al problema de la extensión que debería tener, dentro del conjunto federal, el régimen de la ley islámica (*ŷarī'a*) en vigor en los estados del norte. Este asunto jurídico levantó pasiones.

Bajo la Segunda República los argumentos religiosos alimentaron los debates políticos en múltiples ocasiones; algunos políticos denominaron a sus adversarios *ŷihādistas*, amenazaron a otros con una Guerra Santa o se esforzaron por comprobar que no eran hostiles a otras religiones. Sin embargo, la simple intención del jefe de Estado de designar a un representante ante él de la comunidad islámica (en septiembre de 1983) desencadenó la cólera de sus adversarios y las protestas de los medios clericales cristianos.

Bajo la Segunda República se dio igualmente una corriente islámica separatista en el norte del país, que exigía la aplicación de la *ŷarī'a*, denunciaba la constitución laica del país y reclamaba la instauración de una nación islámica. Algunos grupos activistas incendiaron muchas iglesias en el estado de Kano y también atacaron mezquitas. Por otra parte, una secta marginal, cuyos miembros se reclutaban entre los cesantes de Sahel y de otras provincias, ensangrentaron las poblaciones de Kano, Maiduguri y Yola en nombre de la Guerra Santa. Estos acontecimientos costaron miles de muertos en 1982, 1983 y 1984 y sólo pudieron resolverse mediante la intervención del ejército. Las autoridades se vieron obligadas a comprometerse en una política de control de las actividades religiosas, que impli-

caba a las aristocracias islámicas y los miles de letrados coránicos oficiales, así como a las iglesias cristianas.

Se advierte así que los problemas religiosos son también factores permanentes en la crisis política federal y, por lo tanto, de los golpes de estado.

Los efectos de los estados federados y los socioeconómicos sobre el gobierno federal

Las contradicciones de los estados federados y la política federal

Como vimos anteriormente, a partir de que se proclamó la independencia el primero de octubre de 1960, Nigeria se convirtió en una federación dentro del cuadro del régimen monárquico heredado de la colonización británica. El gobernador general, representante de la reina, era un nigeriano, el doctor Azikwé.

La federación se componía de tres grandes regiones: el norte (capital Kaduna), dirigida por el *sardauna* de Sokoto, sir Ahmadu Bello; el oeste (capital Ibadan), dirigido por el jefe Awolowo; el este (capital Enugu), dirigido por el doctor Okpara; además del territorio federal de Lagos, sede de la federación presidida por sir Abubakar Tafawa Balewa. No obstante, justo tres años después, Nigeria optó por el régimen republicano, aunque se mantuvo dentro de la *Commonwealth*. Esta federación encubría ya una estructura mal hecha. En ella era posible notar:

- la celosa rivalidad entre regiones, cuyo particularismo había sido alentado por la Constitución Richards durante la colonización;
- la existencia de partidos políticos regionales, aun cuando ninguno de ellos podía jactarse de ser el portavoz de la nación en su conjunto;
- el estado inconcluso de la división administrativa, amenazada permanentemente por la presión de minorías territorialmente insatisfechas, y

— un ejecutivo federal relativamente débil, a pesar de las correcciones de última hora introducidas por la Constitución Littleton.

Por último, hay que hacer notar otro hecho importante: el carácter competitivo del procedimiento para censar, del que dependía la proporción relativa de escaños en el parlamento federal, así como la adjudicación de créditos depende también de la importancia numérica de cada región. En efecto, cada región que deseaba constituirse en Estado, apoyándose en su propia originalidad, debía alegar como mínimo el 60% de los sufragios de su población; obtener el asentamiento de las instancias federales —cámara y senado, con la mayoría de dos tercios— y el acuerdo de por lo menos dos regiones de las cuales formaba parte antes de ser afectada por su nombramiento como nuevo Estado.

Esta situación conlleva reivindicaciones territoriales de los grupos étnicos minoritarios. Ya había amenazado incluso con demorar la fecha misma de la independencia y, más tarde, se convirtió en un factor importante del golpe de estado militar de 1966. Después de dicho golpe, el 27 de mayo de 1967, el consejo superior militar decidió dividir Nigeria en doce estados mejor equilibrados. Esa reforma estaba destinada a eliminar los antagonismos regionales. No obstante, se sabe que las grandes potencias extranjeras y el general Ojuku los explotaron para crear la República de Biafra, motivo de la guerra de secesión que se extendió de 1967 a 1970. Posteriormente, el *boom* económico que se dio en la federación como resultado de la explotación de los yacimientos de petróleo en el este, favoreció el incremento del poderío del centro federal, el desarrollo de una economía nacional, basada en la redistribución de la renta petrolera y la formación de una nueva burguesía supuestamente nacional. En 1976 el régimen militar tuvo que aumentar el número de los estados federados a diecinueve. La Constitución de 1978 debía avalar esa disposición. Bajo la Segunda República (octubre de 1979 a enero de 1983) dicha disposición fue sometida a discusión y el parlamento federal puso a consideración la reorganización de los miembros del país en cincuenta estados, con el fin de responder, por una parte,

a las demandas de las etnias minoritarias y, por otra, a las críticas de periodistas, políticos, hombres de negocios, etc., que no dejaban de denunciar las amenazas de un poder septentrionalista o meridionalista. Hay que reconocer que la Constitución de 1979 hizo cuanto pudo por reconocer a los estados federados cierta autonomía. En realidad, bajo la Segunda República cada uno contaba con un gobierno propio y elegido, su asamblea, su aparato burocrático, su presupuesto y promulgaba sus leyes. El nuevo régimen militar de 1983 mantuvo el sistema de los estados, tratando de colocar a la cabeza de cada uno de ellos a alguien nacido en la región, acentuando su autonomía sobre todo en lo tocante a las decisiones administrativas y financieras. Sin embargo, los estados dominados por partidos de oposición constituían verdaderas fortalezas hostiles al poder central, que mantenían contra éste una guerra permanente. Además, cada Estado, aprovechando su autonomía, llevaba a cabo una política descoordinada. Así, algunos gobernadores decretaban tarifas, impuestos y derechos más o menos pesados. Otros imponían a los nativos de su circunscripción y a los extranjeros derechos diferenciales. Otros privatizaban las instituciones públicas, principalmente las escuelas, o prohibían el consumo de alcohol y dictaban medidas de mantenimiento del orden más o menos draconianas.

Otro problema propiciado por el sistema federal, y que puede provocar un golpe de estado militar, es el del carácter federal, según el cual cada Estado federado tiene derecho a una cuota igual a la de los otros dieciocho en lo que toca al reclutamiento para ingresar a cualquiera de las instituciones federales. La aplicación de este principio no está exenta de problemas, sobre todo porque algunos estados donde hay mayor escolaridad cuentan con muchos candidatos valiosos, en tanto que otros no pueden llenar la cuota. Los adversarios del carácter federal lo acusan de favorecer a los incompetentes y de perjudicar la calidad de la gestión del país. Para los partidarios, en cambio, es la condición necesaria para que exista un equilibrio político en el país. Estas cuestiones provocan a menudo debates apasionados durante los periodos de elección de representantes, así como en tiempos de crisis económica, como por ejemplo en diciembre de 1984 y enero de 1985. Este aspecto

constituyó uno de los factores del último golpe de estado militar del 27 de agosto de 1985.

Vemos entonces que la situación de crisis en Nigeria es más compleja. A las crisis étnicas, regionales, religiosas y de Estado hay que agregar las de la formación de la burguesía formada por hombres de negocios, en la que cada una de sus partes trata de controlar, a través de un militar intermediario, el poder no sólo local sino federal. Hay que añadir también la repercusión de la crisis económica mundial.

*La importancia del petróleo en
las contradicciones
socioeconómicas*

Ya hemos señalado que Nigeria llegó a la independencia con buenas cartas en la mano. Entre los elementos de dichas cartas se encontraba su economía, que se basaba en la comercialización de tres productos agrícolas distintos, que corresponden a las tres regiones concebidas por los colonos británicos.

La organización del sistema federal extrae su fuente económica a través del control de la oficina de comercialización (*marketing board*) de cada región, mediante una burguesía regional que se esforzaba por monopolizar la redistribución de los excedentes deducidos al campesino y de bloquear el surgimiento de un poder sindical muy poderoso al iniciarse las luchas por la independencia.

En estas condiciones se desarrolló el sistema de partidos regionales que se preocupaba, por una parte, del control de sus ganancias regionales y, por la otra, del reparto de las ganancias de la federación. Se sabe que estos partidos manipularon los temas regionalistas, étnicos y religiosos con ese propósito, sin olvidar a un *lumpen proletariat* que se hizo importante debido al éxodo rural. Llegó entonces la era petrolera que habría de convulsionar todo. En efecto, en 1965, antes del *boom* petrolero, los ingresos provenientes de la agricultura eran los que formaban la parte esencial del presupuesto. Poco a poco, la parte del petróleo en el total de los ingresos por exportación y, consecuentemente, del presupuesto, se convirtió en la más

importante. De un 57.6% en 1970 pasó al 82.01% en 1972, del 93.64 por ciento en 1976 al 96.06% en 1980, etc.; la media fue del 91.71% durante el periodo de más fuerte expansión: 1973-1980. El petróleo no solamente iba a destruir la autosuficiencia en materia agrícola que Nigeria tenía desde hacía mucho, sino que iba a hacer que el país dependiera de la importación de alimentos e iba a atraer a numerosas empresas extranjeras, entre ellas a ocho transnacionales del petróleo y a una cuantiosa mano de obra que llegaba de los países vecinos a aumentar el número de desempleados creados por el éxodo rural.

La expulsión de esa mano de obra venida de los países vecinos en 1983 y 1984 no puso fin a la cesantía en Nigeria.

Con la era petrolera —que coincide con el derrumbamiento del mercado de productos agrícolas— las burguesías regionales así como los notarios islámicos de la región septentrional (asociados al poder cacahuatero) desplazaron progresivamente sus intereses, de sus feudos regionales hacia el centro federal. Por otra parte, el Estado federal logró monopolizar la renta petrolera y toda la economía del país, se reorganizó en torno a la redistribución de ésta y del reparto de las inversiones de las empresas extranjeras.

En 1972, y después en 1976, se tomaron medidas para africanizar el capital de esas empresas extranjeras, obligándolas a abrirlas a accionistas nigerianos, así como a contratar nigerianos e introducir a nacionales en sus consejos de administración; estas medidas favorecieron el desarrollo de una burguesía de hombres de negocios. Por otra parte, el Estado se convirtió en el primer inversionista y el primer productor del país, al tiempo que los funcionarios obtenían importantes ventajas. No obstante, algunos abandonaron el sector público para irse al privado, que consideraban aún más lucrativo.

En julio de 1975 el régimen del general Murtala Mohamed, que sustituyó al del general Gowon —que se había hecho impopular debido a la corrupción reinante y a las medidas contrarias a los intereses de las nuevas *élites*— procedió a hacer una gran purga en las instituciones públicas y, al mismo tiempo, controló los sindicatos. Sin embargo, la burguesía federal estrechamente ligada a los militares de alto rango intentó encabe-

zar una vuelta al régimen civil, que deseaba controlar durante la Segunda República.

Pero los efectos de su política, que se añadieron a los de la crisis petrolera, habrían de provocar una muy grave crisis económica que amenazaba desembocar en un levantamiento de los más pobres. Fue en ese momento cuando el ejército retomó el poder para llevar una política de rectificación centrada en el saneamiento de las finanzas públicas.

A pesar de ello, esta nueva política no tuvo éxito debido a la corrupción. La cabeza del ejército estaba muy ligada a un estrato de hombres de negocios asociados a las firmas multinacionales, en las cuales ellos participarían de ahí en adelante. Estos grupos se oponían a las masas de ciudadanos que se enfrentaban a los difíciles problemas de la subsistencia. Se trataba de los comerciantes, los empresarios medios, los pequeños funcionarios, los asalariados y empleados bien organizados, aunque militarmente encuadrados, un campesinado minado por la inflación, la sequía, el éxodo y la venta desventajosa de sus productos, un subproletariado urbano constituido por campesinos y emigrados, entre los cuales la pobreza desarrolla una criminalidad antes desconocida y que provoca inquietud.

Para apaciguar las contradicciones entre esos diferentes grupos sociales, los jefes militares, las personalidades jurídicas y los hombres de negocios practican el clientelismo entre ellos, así como con los grupos más desposeídos. Es posible percibir en la trama del clientelismo a asociaciones políticas o económicas, como las asociaciones de las *market women*, que pueden hacer frente al poder según los grados de su clientelismo con la oposición, un sector del ejército, etc.; también se perciben redes de comercialización, ciertas secciones de un sindicato o imperios financieros que sólo funcionan sobre la base del clientelismo. Este fenómeno crea divisiones en el seno del ejército. Así fue como se crearon conflictos entre equipos dentro del anterior régimen militar, que a la postre resultaron muy peligrosos para el país. Ciertos políticos nigerianos, después del inicio de la independencia, estaban a la cabeza de sus "clientelas", y su juego se confundía en parte con la vida política del país. El rumor político nigeriano también habla de una "mafia" y de que sus acciones ocultas manejan parcialmente

los juegos políticos de la federación. Esta “mafia” trata de formar una nueva *élite* apoyándose en los militares, los hombres de negocios y los altos funcionarios, y estaría en el origen de los recientes golpes de estado. Si esto es realidad o puro rumor, aún hay que probarlo. Pero lo que es muy determinante en los golpes de estado, y pudo serlo en el último, es la crisis económica creada por el conflicto petrolero.

De la crisis al último golpe de estado

Los países productores de petróleo no han escapado a la crisis económica; el conflicto petrolero los ha golpeado en mayor o menor medida. Éste es el caso de Nigeria; los investigadores extranjeros temen un derrumbe. Para evitar el desastre, Nigeria se prepara a adoptar las condiciones draconianas impuestas por el FMI. Es necesario decir que dichas condiciones no pueden, por sí solas, enderezar la economía de Nigeria. Se trata simplemente, en la mayoría de los casos, de desplazar los problemas más que de resolverlos. Los países del Tercer Mundo que han respetado las medidas del FMI lo saben por experiencia propia.

En cuanto a Nigeria, hay que decir que el general Babangida heredó una situación aún más crítica que la que encontró su predecesor en 1983.

Además, el gobierno anterior al golpe de estado del 27 de agosto había optado por una política de austeridad sin esperar el préstamo del FMI, cuyas condiciones le parecían inaceptables. Esa política del gobierno de Buhari de enfrentar la crisis sin el FMI no resultó, pues la crisis es tan profunda que cada remedio, aun el propuesto por el FMI, parece más bien un medio para reforzar esa crisis en vez de combatirla.

En efecto, el gobierno de Buhari podía escoger entre dos políticas:

- por una parte, la política del FMI, que exigía una devaluación del 60% del *naira*, suspender las subvenciones del Estado a los productos petroleros, la liberación del comercio y, sobre todo, la apertura de las fronteras;
- por otra parte, una política personal que consistiría en

pagar la deuda exterior (estimada en 20 000 millones de dólares), renegociar los pagos a corto plazo (3.5 millones de dólares según la Banca Central de Nigeria, 7 000 millones según los bancos internacionales), reimpulsar la producción agrícola, asegurar un nivel suficiente de importaciones para mantener en un nivel adecuado la producción industrial, a pesar de las bajas utilidades petroleras.

En la práctica, el gobierno de Buhari creyó conveniente dar prioridad a la liquidación de la deuda exterior. De ahí que el presupuesto de 1985 debía consagrar el 44% de los ingresos al pago de la deuda. Esto constituye una sangría enorme que no permite regenerar la economía. Además, solamente una pequeña cantidad, alrededor de 91.5 mil millones de *nairas*, estaban destinadas a las importaciones. Según cifras oficiales, se trataba de una baja del 70% en comparación con el presupuesto de 1982. Obviamente esto tuvo grandes consecuencias para el sector industrial, obligado a limitar su producción por falta de piezas de repuesto y de materias primas y, por lo tanto, obligado también a despedir personal masivamente.

Los observadores advierten que, a causa de esa política, muchas de las empresas trabajan a veces al 30% de su capacidad. El periódico *Le Monde* del 28 de agosto de 1985 informa que “para encontrar una solución a los problemas de la importación de equipo, el gobierno anterior se vio obligado a emplear la estrategia de los contratos de compensación, que ligan la venta del petróleo nigeriano a la importación de productos vitales para su industria: Francia, a través de la compañía Elf-Aquitaine, firmó un contrato de 500 millones de dólares, Brasil, que ha logrado un asombroso avance gracias a Petrobras, se comprometió a comprar 40 000 barriles diarios a cambio de equipo por un costo total de 500 millones de dólares entregados por la firma brasileña Coita. En la lista de candidatos para un contrato de compensación se encuentran Italia, Australia y Japón. Sin embargo, en poco tiempo surgieron problemas ligados a la baja del precio del petróleo y, más que nada, a la baja de la producción, que cayó a 1.1 millones de barriles diarios, muy por debajo de la cuota de la OPEP, fijada en 4.5 millones. Además, esos contratos de compensación van también acompañados por la corrupción y la especulación en lo

que respecta a la importación de licencias para el sector industrial. Esto perjudica seriamente el proceso de apropiación de las tecnologías necesarias para la economía y, sobre todo, la regeneración del sector industrial.

En el sector público, el gobierno despidió a más del 20% de los funcionarios. La Secretaría de Agricultura, que contaba según las cifras oficiales con 10 746 funcionarios en 1984, sólo retuvo a 7 500 en 1985. La Secretaría de Hacienda conservó a 4 291 funcionarios de los 26 000 que tenía, es decir —según el periódico *Concord Weekly* del 15 de agosto de 1985— se produjo un despido del 80%. De acuerdo con *The Guardian* del 16 de agosto de 1985: “cada ciertos meses se realiza regularmente una devaluación sin que se tome ninguna decisión oficial, debido a la simple fuerza de las leyes del mercado”. Los efectos de esa devaluación espontánea lesiona no solamente a los consumidores de todo tipo, sino también al sector industrial. Por ejemplo, *The Guardian* del 3 de septiembre informa que “La sociedad de productos farmacéuticos Hoechst Nigeria Limited estima que perdió 1.9 millones de *nairas* en 1983 y 1.8 millones en 1984 por devaluaciones monetarias.” Consecuentemente, la ciudad de Lagos se convirtió en la más cara del mundo, una de las más peligrosas y con un crecimiento urbano de los más anárquicos.

A fin de evitar revueltas y todo tipo de críticas, el gobierno de Buhari tomó medidas drásticas en contra de las libertades e instancias democráticas: arresto de periodistas y de personalidades consideradas peligrosas para la seguridad del Estado, etc. La represión de la prensa representa algo grave para este país, en el que la historia de la prensa es un ejemplo único de democracia en el África ubicada al sur del Sahara.

Además, tres meses antes del golpe de estado, el CMS (Comité Militar Superior) se dividió en lo que respecta a la actitud que debía tomarse ante el FMI, división que habría de ser la gota que derramó el vaso.

El golpe de estado del 27 de agosto de 1985 es, por lo tanto, obra del clan del general Babangida. Se dice que ha sido el mejor artesano de todos los golpes de estado militares que se han dado hasta ahora en Nigeria: formó parte del triunvirato de oficiales que derrocaron al general Gowon a favor del general Mur-

tala. En 1976 tomó parte en la contraofensiva de oficiales legalistas contra la tentativa del teniente Dimka, durante la cual fue asesinado el general Murtala, estuvo también en 1983 entre los principales oficiales que provocaron la caída del régimen civil.

Se espera que ponga en acción una nueva política de verdadera recuperación para este gran país. A este respecto, las primeras decisiones tomadas por su gobierno son muy alentadoras:

- separación de los asuntos militares de los asuntos gubernamentales;
- cuidado del equilibrio regional en los nuevos nombramientos para los puestos de responsabilidad dentro del gobierno federal y de los gobernadores de los diecinueve estados de la federación;
- restablecimiento de la libertad de prensa;
- liberación de los prisioneros que injustamente fueron víctimas de las medidas adoptadas por el gobierno anterior;
- abandono de ciertos proyectos costosos, como la construcción del metro de Lagos, y
- apertura de un debate nacional y democrático en lo que respecta a la actitud que habrá de tomarse ante el FML, así como sobre la orientación de la economía del país.

He aquí que la historia de África está jalonada por las promesas hechas por generales que no cesan de pasarse el poder unos a otros, sea por la fuerza o no. Antes de externar un juicio en un sentido determinado, habrá que esperar el resultado de la política del general que ahora rige ese gran país; el desmoronamiento de su política dañaría no solamente al pueblo nigeriano, sino también al África y, más que nada, a las grandes potencias económicas extranjeras, puesto que muchos sectores dependen de los compromisos hechos con ese país.